

¡QUÉ MARAVILLOSO REGALO!

izquierdo & nogueras



Una marca al servicio de la buena escritura

INOXCROM

La estilográfica perfecta

TEATRO

el latinoamericano Jorge Díaz

JORGE Díaz, autor de "El cepillo de dientes", obra estrenada en el Valle Inclán, es el autor de "Réquiem por un girasol", que acaba de subir al escenario del Nacional de Cámara. De Jorge Díaz, chileno, residente en Madrid desde hace más de un año, he hablado más de una vez en esta columna; se trata de uno de los autores contemporáneos en lengua española de mayor interés. Y la programación de su "Réquiem" —aunque sea en sustitución de otra obra suya inicialmente prevista y de bastante más vigor, "El velero en la botella"— responde, perfectamente, a la buena política que hoy se sigue en el Beatriz.

Quisiera yo, antes de juzgar la representación del "Réquiem por un girasol" —que aún no he visto— hacer unas consideraciones sobre la Latinoamericanidad y el modo como la entiende Jorge Díaz. Al fin y al cabo, en este punto nos va la incorporación de Díaz a la médula de nuestra cultura o su aproximación epidérmica.

El primer punto es la ruptura de todo criterio paternalista entre la cultura española y la americana. Ciertamente hay un pasado cultural en el que España, en tanto que país dominador, impuso su idioma y su cultura. Pero, desde la perspectiva de cualquiera de las antiguas colonias, dicho período, por fundamental que se estime, se integra en un curso de bases autóctonas. Existe un período precolonial, luego una larga etapa en la que la cultura colonial se une a la impronta de cada país y aún a las distintas influencias paralelas a la española —por ejemplo, en Cuba, todos los factores africanos de que son portadores los esclavos— y, por último, un período postcolonial de independencia, en el que, por lo común, la actitud nacionalista que ha sido precisa para vencer al conquistador, acarrea un planteamiento cultural del mismo signo. Se rechaza la unidad "oficial" del viejo imperio y cada país busca afanosamente sus rasgos diferenciales, a costa, incluso, de exasperarlos e incomunicar y distanciar lo que, en realidad, está cerca. La Latinoamérica que hoy importa, surge después de esta primera etapa de independencia. Cada país asume los siglos de colonia como un hecho histórico consumado, con sus factores positivos y negativos. Se trata ahora de incorporar a la vida internacional, a la cultura internacional, desde ángulos mucho más ricos que el derecho a una bandera y a una frontera geográfica. Se trata de subvertir o modificar el viejo concepto según el cual la independencia de la metrópoli española era una conquista capaz de llenar varios siglos de historia; para muchos pueblos de Latinoamérica esto sólo era, sólo debía de ser, el comienzo. Es la hora de revisar las relaciones económicas, la situación de las clases sociales, la distribución de la propiedad, y, en un orden internacional, la nueva dependencia económica —y, por tanto, política— de los Estados Unidos.

Toda esta problemática social, que sucede ahora, en mayor o menor grado, a los países de América Latina —no cabe decir Hispanoamérica, porque Brasil es un país fundamental—, repercute de inmediato en los planteamientos culturales. Después de muchas décadas de un teatro que se miraba en los espejos europeos o norteamericanos, surge, al fin, la necesidad de teatros auténticamente nacionales, derivados no ya de las correspondientes burguesías, sino de las raíces generales de cada pueblo.

El fenómeno conduce, de algún modo, a la "latinoamericanidad". Porque mientras las clases sociales que conquistaron la independencia se muestran, al mismo tiempo, colosas de sus fronteras y dóciles ante las sumisiones económicas, la nueva situación tiende a invertir la problemática: unidad o interdependencia de los pueblos latinoamericanos, situados en bases análogas de explotación y subdesarrollo, y certeza de que la auténtica independencia —la social y humana, no la legal— exige la liquidación de los viejos convenios económicos entre los Estados Unidos y las minorías capitalistas de cada país.

Dentro de este esquema socioeconómico hay que situar la latinoamericanidad y no sobre el discurso académico de una herencia cultural. Ciertamente esa herencia existe. Pero en América Latina hay aún muchos millones de analfabetos y miserables. Y la fuerza dinámica y futura de la latinoamericanidad está, precisamente, en el acceso de todas esas masas a una realidad determinante y activa.

¿Cuál es la posición de Jorge Díaz dentro de ese marco? Respondiendo a una pregunta sobre el tema, afirmó:

—Las presiones que dentro de mí siento, que me mueven a escribir, las grandes ideas y emociones básicas que me impulsan a expresarme, no tienen nacionalidad, pero las siento comunes a muchos creadores latinoamericanos. Yo siento mis posibilidades de expresión de una realidad latinoamericana a través de los contrastes entre una realidad latinoamericana a través de los contrastes entre una realidad absurda y la certeza de que existe una lógica interna de los acontecimientos (que es despreciada por esta realidad absurda), tanto en el aspecto social, como cultural o económico. Estos contrastes, para mí, llegan a ser de una violencia tan desmesurada que producen el absurdo en la forma dramática...

No me parece que nos resultase muy difícil ligar estas ideas de Díaz a las que expresaba Valle a propósito del esperpento. El absurdo surge aquí no de la metafísica, sino de la historia. No estamos ante héroes beckettianos perdidos en la tragedia de la radical incoherencia del mundo. Aquí el mundo es una materia tangible, con una geografía y una época. El personaje mide el absurdo en función de un latente sentimiento de lo lógico; lo injusto desde lo justo; la crueldad y la deshumanización desde el humanismo...

JOSE MONLEON